

de la muerte; porque de todo el tiempo de la vida este es aquel en que se hace mas sano juicio de las cosas.

2 Si ya estás en estado de por vida, no gastes el tiempo en deliberar sobre la elección; esas reflexiones ya son inútiles y aun perniciosas. Ocupate únicamente en desempeñar con fervor y con puntualidad las obligaciones de este estado; persuadido á que ya te quiere Dios en él, aunque fuese torcida la elección y los motivos que tuviste presentes para hacerla; creer lo contrario es tentación. El que se descaminó no se detiene en discurrir sobre el camino que debiera haber tomado; el que se hirió solo se aplica á curar su herida; y uno y otro no piensan mas que en guardarse de volverse á herir, y de volverse á descaminar. Sigue este consejo.

## DIA XXV.

### MARTIROLOGIO.

SAN LUIS, confesor, rey de Francia, en Paris; célebre por la santidad de su vida y por sus milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES EUSEBIO, PONCIANO, VICENTE Y PEREGRINO, en Roma; los cuales en el imperio de Cómodo fueron primero colgados en el potro y descoyuntados; despues apaleados y quemados por los costados; mas permaneciendo fiel y constantemente en alabar a Jesucristo, por último les azotaron con cuerdas emplomadas hasta que dieron el alma á Dios.

SAN GINÉS, mártir, tambien en Roma; el cual siendo gentil y cómico, como en el teatro á presencia del emperador Diocleciano hiciese burla de los misterios de los cristianos; inspirado de Dios se convirtió de repente á la fe, y fué bautizado; por lo cual despues el emperador mandó que lo apaleasen cruelísimamente, y lo colgasen en el potro, y lo despedazasen con uñas de hierro, y lo quemasen con hachas encendidas. Mas él perseverando constante en la fe de Jesucristo, decia: No hay rey sino Jesucristo, y aunque mil veces me mateis no me lo podreis quitar de la lengua ni me lo apartareis del corazon. Finalmente lo degollaron, y de esta suerte alcanzó la palma del martirio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN GERONCIO (ó GERONCIO), obispo; en Itálica en España; el cual habiendo predicado en aquellas partes el Evangelio en tiempo de los Apóstoles, despues de muchos trabajos murió en una cárcel. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN GINÉS, en Arlés en Francia, quien siendo notario, como no quisiese redactar los impíos edictos contra los cristianos, y arrojase públicamente sus registros en testimonio de que era cristiano, fué preso y degollado, alcanzando la gloria del martirio con el bautismo de su propia sangre. (*Véase su vida en las de hoy.*)



SAN JULIAN, mártir, en Siria.

SAN MAGIN, mártir, en Tarragona. (Véase su vida en las del día 19 de agosto.)

SAN MENAS, obispo, en Constantinopla.

SAN GREGORIO, obispo, en Utrecht.

SANTA PATRICIA, virgen, en Nápoles. (Era nieta del emperador Constantino el Grande: nació y fué educada en Constantinopla. Habiendo hecho voto de castidad; se vió obligada á huir de su patria por no contraer el matrimonio á que queria obligarle el emperador su padre; y se embarcó para Nápoles acompañada de algunas personas de su servidumbre. Despues pasó á Roma donde recibió el velo de manos del papa Liberio, consagrandose desde entonces mas particularmente al servicio de la Iglesia.)

#### SAN LUIS, REY DE FRANCIA.



S. LUIS REY  
DE FRANCIA.

Luis IX de este nombre, uno de los mayores reyes que ocupó el trono de Francia, y uno de los mayores santos que venera la santa Iglesia, nació en Poissy el día 25 de abril del año de 1215. Como el Señor le habia escogido para formar un rey á medida de su corazón, le previno con aquellos singulares dones que forman tambien el corazón de los santos. Ningun príncipe nació al mundo con mas noble inclinacion á la virtud, con mas rico fondo de dulzura y de bondad, con prendas mas heroicas ni mas reales. Quiso encargarse de su educacion su misma madre la reina D.<sup>a</sup> Blanca, princesa mas recomendable por su eminente piedad que por sus elevados talentos y por su espíritu verdaderamente superior. Aplicóse á formar aquel tierno corazón de manera, que antes aprendiese á obedecer y á servir á Dios, que á mandar á los hombres. Poco tuvo que hacer la escuela en un genio tan feliz. Anticipábase él mismo á las lecciones que le daban, y presto se reconoció no habia nada que hacer sino dejar que produjesen por sí mismas las semillas de la virtud que Dios habia sembrado en aquella grande alma.

A los ocho años de su edad perdió Luis al rey Felipe Augusto, su abuelo, y tres años despues á su padre Luis VIII que le dejó la corona bajo la tutela de su madre, cuando Luis contaba solos once años. Quiso la reina madre prevenir las turbaciones de una larga menor edad (porque en aquel tiempo hasta los veinte y cinco años no se declaraban mayores los reyes de Francia), y dispuso que su hijo fuese consagrado en Rems, disipando con su prudencia en poco tiempo los sediciosos intentos de los condes de Champaña, de Bolona, de Bretaña, de la Marca, de Dreux, de Flandes, de Tolosa y de Provenza, ligados contra el gobierno;



de manera, que con su conducta y su valor aseguró la autoridad del rey su hijo, y conservó la calma en el estado durante el tiempo de su acertada regencia. El mayor cuidado de la virtuosa princesa en aquella dulce tranquilidad fué la santa educacion del niño rey. No perdonó á medio alguno para que desde aquella tierna edad recogiese todos los frutos de la virtud y del estudio. Encontraba en el hijo toda la docilidad, toda la dulzura, todo el despejo del entendimiento y toda la disposicion de corazon que era menester para que fuesen eficaces sus lecciones. Repetiale continuamente, que no obstante la ternura con que le amaba, querria mas verle perder la vida, que la gracia; leccion que se le imprimió tan altamente en el alma, y por toda la vida le infundió tan grande horror al pecado, que preguntando un dia á su confidente Joinville cual querria mas, estar plagado de lepra, ó cometer un pecado mortal; y respondiendo Joinville con su natural franqueza que antes cometeria cien pecados mortales que padecer la lepra, indignado el jóven rey, le dijo con alteracion: *Bien se conoce, Joinville, no sabes lo que es estar en desgracia de Dios; sábete que un solo pecado mortal se debe temer mas que todos los males de este miserable mundo.*

El singular gusto que tomaba á todas las máximas del Evangelio le movia á practicar sus consejos. Comenzó á mortificar sus sentidos, á macerar su cuerpo y á domar sus pasiones casi desde la cuna. Gustaba mucho de la caza, de la pesca, de la cetrería y del juego de ajedrez; esto bastó para prohibirse á sí mismo todas aquellas inocentes diversiones desde la edad de quince años. Desde entonces ocuparon el lugar de estos lícitos desahogos la oracion y los ejercicios espirituales. Su modestia en el templo y su devocion reformaron toda la corte. Sintieron movidos hasta los mas disolutos, y todo se rendia á sus ejemplos.

Mientras desempeñaba con tanta perfeccion las obligaciones de cristiano, no se descuidaba en llenar todas las funciones de un gran rey. No se vió príncipe mas anticipadamente formado á las reales virtudes del trono; tan político en el gabinete, como diestro y valeroso en la campaña, brillaba igualmente en uno y otro teatro. Sabia muy bien la lengua latina, prenda muy rara en aquel tiempo, singularmente entre los príncipes; las horas que no ocupaba en el despacho, las dedicaba á los ejercicios de la religion, á la lectura de los santos Padres, sin que la natural blandura que inspira la devocion debilitase en su ánimo los espíritus del valor. Resucitó la liga de los príncipes mal contentos con la *regencia*; púsose Luis á la frente de sus tropas, aunque contaba solos catorce años de edad, y al punto se deshizo la se-

diciosa confederacion. Contra el parecer de sus generales puso sitio á Bolesme, plaza entonces inconquistable, en lo mas riguroso del invierno, y la tomó: primer ensayo de sus hazañas, que domó á los mal contentos, obligándolos á pedir la paz, y restituyó al reino la calma.

Volvió el rey á París, donde dió nuevas muestras de su piedad. Fundó la célebre abadia de Royaumont; puso la primera piedra en la iglesia de Sta. Catalina del Val; erigió el monasterio de los cartujos, dándolos el palacio de Bambert; edificó varios conventos y hospitales; y habiendo logrado restituir al conde de Tolosa al gremio de la Iglesia romana, tuvo el consuelo de poner fin á la guerra de los albigenses, que su padre Luis VIII habia comenzado.

Apaciguadas las guerras civiles, y abatidos los enemigos estranos, entró en París tan estimado de los oficiales y de los soldados, como aplaudido y amado de todo el pueblo; viendo todos con el mayor asombro á un rey tan poderoso en una corte tan brillante, y en la edad de diez y ocho a veinte años con tal delicadeza de conciencia, con tal pureza de costumbres, con tanta prudencia y con tanta devocion, que causaria admiracion en el mas estrecho claustro. No se presentaba ocasion de hacer justicia, de aliviar al vasallo, y de ejercitar alguna obra de caridad, que no la abrazase con el mayor gozo. Siempre fueron los pobres sus principales favorecidos, y desde su menor edad sustentaba en palacio un gran número de ellos, sirviéndolos él mismo á la mesa. Su pasión dominante fué el zelo de la religion; firmábase muchas veces *Luis de Poissy*, en memoria de haber recibido allí la primera gracia del bautismo. El año de 1234 se casó con Margarita, hija primogénita de Raymundo de Berenguer, conde de Provenza, princesa cabal, cuyas inclinaciones eran muy conformes á las del santo rey; y luego se dedicó a arreglar su casa y la casa de la reina, de manera, que ambas casas fueron modelo á las demás familias particulares de virtud, de buen gobierno, y del mas cristiano método. Luego que el rey llegó á la edad de mayor, hizo aun mas abierta profesion de la santidad á que Dios le llamaba. Desterró de su palacio toda profanidad; deshizose de todos los muebles preciosos y de todos sus magníficos vestidos; prohibióse hasta las mas inocentes diversiones; aumentó sus penitencias, y maceró su cuerpo con disciplinas y con cilicios; arregló las horas de sus devociones. Rezaba todos los dias el oficio divino, hacia sus estaciones, visitaba á los pobres en los hospitales; y como el amor á la santísima Virgen era, por decirlo así, su pasión, ningún dia dejaba pasar



sin dar algunas pruebas de su zelo por su honor y por su culto.

Pero sus devociones nunca disminuian su aplicacion á los negocios del estado. Jamás se habia visto el reino en mayor gloria. Habiéndose coligado con Enrique III rey de Inglaterra Hugo de Lusignan, conde de la Marca, principe inquieto y sedicioso, tomó las armas contra su legitimo soberano; y orgulloso con los poderosos socorros que le habia conducido el mismo inglés en persona, nada menos se prometia que la conquista de todo el reino. Juntó Luis algunas tropas, púsose á su frente, marchó al enemigo, deshizo al conde, pasó el rio Charanta, atacó á Enrique, fiero con su numeroso ejército, desbaratóle con solo su valor, llevó el terror y el desorden hasta el mismo cuartel del rey, que con el miedo de ser hecho prisionero corrió sin comer dos dias y dos noches hasta ponerse en salvo dentro de la plaza de Blaye. Vinieron el conde y la condesa á echarse á los pies del rey; perdonólos, y aunque le hubiera sido fácil apoderarse de todo lo que poseian los ingleses de esta parte del mar, se contentó el santo rey con haber echado al enemigo; concedióle la paz, y restableció la tranquilidad en el reino.

Alligió el hambre á las provincias de Normandia, de Guiena y de Poitou; y no contento S. Luis con libertarlas de los impuestos ordinarios, envió á ellas gran cantidad de granos, haciendo cuantiosas limosnas á todos los pobres. Corrió la voz en el Oriente de que Luis, el mayor enemigo que tuvieron jamás los mahometanos, habia tomado la cruz; y un reyezuelo de Fenicia, llamado por sus vasallos *el Viejo de la montaña*, ó *el Rey de los asesinos*, acostumbrado á ser en este punto ciegamente obedecido por ellos, envió dos asesinos á París para que quitasen la vida al santo rey; súpolo con tiempo; fueron presos los asesinos, y los envió libres, cargándolos de presentes. Así se vengó el santo rey de los que vinieron á darle la muerte.

Estendida por todo el mundo la reputacion de un rey verdaderamente cristiano, tan célebre por su sabiduria como por su valor y por su eminente santidad, los principes mas distantes solicitaron su amistad y su proteccion. Vino á Europa el año de 1239 Balduino II, de la casa de Courtenay, emperador de Constantinopla, á implorar el socorro de los principes latinos, y le pareció que ganaria de un solo golpe el corazon de S. Luis, trayéndole la sagrada corona de espinas de nuestro Salvador. No se engañó; y el rey le socorrió con tropas y dinero. Salió la sagrada corona del poder de los venecianos, en quienes los griegos la tenían empeñada, y fué conducida á Francia. El rey, seguido de toda la corte y de todo el clero, la salió á recibir hasta

cinco leguas de Sens, y la acompañó hasta París con tales afectos de devocion y de piedad, que se hicieron muy visibles en todo su esterior. El mismo llevó la sagrada reliquia con los pies descalzos y descubierta la cabeza, desde la iglesia de S. Antonio de los Campos, hasta la de nuestra Señora. Depositóse despues en la capilla de S. Nicolás, que estaba contigua á palacio; y habiendo recibido, andando el tiempo, un pedazo del *lignum crucis*, echó á tierra la capilla de S. Nicolás, y fabricó la santa capilla, donde colocó las sagradas reliquias, engastadas en oro y piedras preciosas, fundando un cabildo de canónigos. Todos los años en el dia de Viernes santo pasaba á ella revestido de sus ornamentos reales, con corona en la cabeza, y el mismo esponia el sagrado leño á la adoracion del pueblo. Despues con la cabeza descubierta, los pies descalzos, sin ceñidor y sin espada se postraba profundamente, hacia una breve oracion, iba andando de rodillas, parábase, volvía á orar un breve espacio, y acercándose en fin á la santa cruz, deshecho en lágrimas oraba tercera vez, y postrado la besaba tiernamente con tanta humildad y con tanta compuncion, que sacaba devotas lágrimas á los ojos de todo el concurso.

Gozaba toda la Francia de una dichosa calma, acompañada de cuantas prosperidades se podian desear en el reinado mas santo, y con el rey mas celebrado en el universo, terror de sus enemigos, admiracion de los estraños y delicias de su pueblo, cuando acometió al santo monarca una fiebre maligna que en el breve espacio de cinco dias le redujo á la mayor estremidad, y puso á todo el reino en la mas dolorosa consternacion. Conocióse en aquella ocasion quanto le amaban sus vasallos. No se veian ni se oian en toda la Francia mas que lágrimas, oraciones, procesiones generales, rogativas públicas con el Sacramento patente, ayunos y penitencias. Oyó Dios los fervorosos clamores del reino: recobróse el rey, pero fué haciendo antes voto de pasar personalmente á la Palestina, llevando consigo un poderoso ejército para echar de toda ella á los turcos. En vano pretendió oponerse á este religioso intento toda la familia real, todos los grandes del reino y todos los prelados. Mantúvose el rey inmóvil en su resolucion, tomó la cruz, y habiéndose abocado en Cluni con el papa Inocencio IV, que le nombró generalísimo de todo el ejército cristiano, habiendo declarado á su madre la reina D.<sup>a</sup> Blanca por regenta del reino, tomó el camino de Aguas muertas en el Langüedoc, para esperar allí á los cruzados, y hácia el fin de mayo del año 1248 partió de aquel puerto con una formidable armada, compuesta de mil ochocientas velas. Fué



muy feliz la navegacion; y habiéndose detenido algunos meses en la isla de Chipre donde tenia sus almacenes, se hizo á la vela, y desembarcó en Egipto. Quince ó veinte mil sarracenos que intentaron disputarle el desembarco fueron derrotados, y el ejército francés se apoderó de Damiata, que era la plaza mas fuerte, y como la llave de todo Egipto. Acudia el rey á todas partes, haciendo en todas prodigios de valor; pero dando igualmente en todas no menos prodigiosos ejemplos de virtud. Observando en Damiata la misma regla que en París, empleaba en los ejercicios de caridad y de devocion todo el tiempo que no dedicaba á los cuidados de la guerra. Tenia muy en el corazon la conversion de los sarracenos, y el Señor le dió el consuelo de ver todos los dias acudir al campo un gran número de infieles á pedir el santo bautismo.

La felicidad de aquel primer suceso dió ocasion al desórden y á la disolucion del oficial y del soldado. Parecia que quanto mas se empeñaba el santo rey en merecer la proteccion del cielo con sus oraciones, con sus penitencias y con sus limosnas, mas empeño hacia el ejército de desmerecerla por sus pecados y por sus disoluciones. Y así muy presto esperiméntó los efectos de la cólera de un Dios tan justamente irritado. Púsose delante de la ciudad de Massour, y la falta de víveres, las enfermedades y el fuego artificial de los enemigos á breves dias le puso en tan miserable estado, que todo el ejército se redujo á un monton de cadáveres y de enfermos. Introdújose en todo él la disenteria y el escorbuto, sin perdonar al mismo santo monarca. Fué conducido con gran trabajo á una corta ciudad, llamada Charmsach, donde le metieron en una especie de cabaña; pero no tardó mucho en ser embestida de una espesa nube de sarracenos, y queriendo el santo rey perdonar la sangre de los suyos, y mandó que se rindiessen. Lleváronle á Massour, donde el Soldan hizo conducir en triunfo el Oriflama, y los demás estandartes franceses. Hallábase la reina en Damiata, y con el dolor que la causó la noticia de haber sido hecho el rey prisionero, dió á luz antes de tiempo un hijo, á quien por la tristeza de este desgraciado suceso se le dió el nombre de Juan Tristan, y fué el tercero de los varones que tuvo.

Nunca se mostró el rey ni mas grande ni mas santo que en aquella abatida adversidad. Perdida hasta la misma libertad, supo ser prisionero como rey, y como rey cristianísimo. En aquella gran mudanza de estado en nada mudó su género de vida. No interrumpió sus ayunos ni las demás ordinarias penitencias. Tan tranquilo en la prision como en la corte, prosiguió rezan-

do todos los dias el oficio divino á las horas regulares, y tuvo á singular gracia de Dios que habiéndole despojado los sarracenos de tantas alhajas preciosas, solamente le hubiesen dejado las horas y el breviario. Dueño siempre de si mismo, milagroso en su paciencia y firme sin arrogancia, rehusó con invencible teson todo lo que creyó ser contra su conciencia y contra su honor; y fué todo su consuelo un héroeico rendimiento á las disposiciones de la divina Providencia. Asombrados hasta los mismos sarracenos de aquella grandeza de alma, y hechizados de sus extraordinarias prendas, decian públicamente que si queria ser su rey no reconocieran otro. Ajustóse su rescate y el de todo el ejército en la rendicion de Damiata, en ochocientos mil bezanes de oro y en una fregua de diez años.

Desembarcó el rey en Acre de Palestina, donde se quiso mantener cuatro años para poner en mejor forma ó fortificar las principales ciudades de la Tierra Santa. Era su mayor pasion poder derramar su sangre en defensa de la fe. Durante su mansion en Palestina hizo prodigios de valor, y en muchísimas ocasiones dió tales pruebas de su virtud, que hasta entonces no se habian visto semejantes en algun otro monarca. Preciado á restituirse á Francia por la noticia que tuvo de la muerte de la reina gobernadora, partió de Palestina el dia 24 de abril del año 1255, después de haber reedificado y fortificado á Jaffa, Cesarea, Sidón y Acre. Los extraordinarios regocijos que se hicieron en toda Francia á la llegada del santo rey, fueron buenas pruebas del sincero y universal amor que le profesaban los pueblos. Dedicóse enteramente á hacerlos dichosos y felices, reformando abusos, suprimiendo contribuciones, y publicando santas, justas y provechosísimas leyes. Nunca resplandecieron mas su fe, su religion, su sólida y real virtud. Bastaron sus ejemplos para reformar la corte y todos los demás estados. Desterró de sus dominios la blasfemia por el severo castigo de los blasfemos. Restituyó el debido respeto y reverencia á los templos, castigando rigurosamente á los que los profanaban. Al paso que era muy indulgente con los que ofendian su persona, era exactísimo en hacer observar la ley de Dios; y se decia comunmente que no era posible ni mejor siervo de Dios, ni mejor amo de los hombres.

Todos los dias oía muchas misas. El respeto y la devocion con que asistía á ellas compungian á los asistentes. Las copiosas lágrimas que derramaba á la elevacion de la hostia eran efecto de su abrasado amor á Jesucristo y de su fe. Después que volvió á Francia aumentó las penitencias. Además de los ayunos de la Iglesia, que observaba con rigor, ayunaba todo el Adviento, to-



dos los viernes del año, y el día antes de todas las fiestas de la santísima Virgen á pan y agua. En el Adviento y en la Cuaresma no comia ni fruta ni pescado, sino solo pan y legumbres. Nunca se desnudó despues el cilicio, ni el religioso mas austero era mas ingenioso que él en mortificarse. Sus tesoros solo se franqueaban á los pobres, todos los sábados concurrían á palacio mas de doscientos; lavábalos los pies, besábaselos, y los daba una limosna. Mantenía siempre dentro de palacio ciento y veinte, y nunca comía el rey sin tener á la mesa alguno de ellos. Era dicho comun que el rey no tenía otros favorecidos que los pobres, los religiosos de Sto. Domingo y S. Francisco. Hubo pocas provincias en su reino, ni aun ciudades en sus estados, donde no fundase enfermerías, hospitales, monasterios, capillas é iglesias colegiales. En París fundó el hospital de los *Trescientos*, donde se mantenían trescientos pobres ciegos, en memoria de los trescientos caballeros de su comitiva, á quienes sacaron los ojos los infieles en la jornada de Oriente. Tenía una exacta lista de todos los mas nobles de cada provincia que padecían necesidad, de todas las viudas y doncellas de distincion que no tenían dote para tomar estado; y lo menos que hacia era socorrerlas para que viviesen con decencia. No alcanzaba su poder adonde llegaba su caridad; no hubo príncipe que con mas justa razon mereciese el glorioso título de padre de su pueblo, y en particular el de padre de los pobres. Llamábanle el Salomón de la cristiandad por la prudencia y por la sabiduría que mostraba en la administracion de la justicia; siendo tan grande su penetracion, su rectitud y su equidad, que llegó á ser el árbitro de todas las diferencias. Mas de una vez le escogieron para terminar las suyas los reyes, los pueblos, y aun los mismos papas. Gregorio IX, el emperador Federico II, Enrique III, rey de Inglaterra, y los barones ingleses no quisieron admitir otro árbitro que á este ángel de paz.

Llegaron á sus compasivos oídos las noticias del lastimoso estado en que se hallaban los cristianos de Levante, y se renovó en su piadoso corazón el zelo y el dolor de ver en poder de los infieles los santos lugares de Jerusalem. Resolvió tomar segunda vez la cruz, y hacer todos sus esfuerzos para arrancarles de las manos la posesion de la Tierra Santa. No fueron bastante á disuadirle de este intento, ni las lágrimas de la reina su esposa, ni los ruegos de los príncipes sus hijos, ni las representaciones y clamores de toda la corte. Persuadióse á que Dios le pedía este sacrificio, y nada bastó para estorbarle aquella expedicion. Tomó la cruz de mano del cardenal de Santa Cecilia, legado de la

santa Sede; y la hizo tomar á sus tres hijos Felipe, que era el primogénito, Juan Tristan, conde de Nevers, y Pedro, conde de Alençon, como á casi todos los grandes señores del reino. Hizo despues su testamento; nombró por regentes del reino al abad de S. Dionisio, y al señor de Nesle; dispúsose con muchos ejercicios de devocion, y se embarcó el día primero de julio del año de 1270. Viéndose obligado á ancorar en el puerto de Caller, se volvió á hacer á la vela, y enderezó la proa á Tunez, cuyo rey habia dado muestras de quererle convertir. Hizose el desembarco sin oposicion, porque los sarracenos que guardaban el puerto se retiraron apresuradamente al acercarse la escuadra francesa. Perdióse la esperanza de la conversion del rey de Tunez luego que se supo habia mandado poner en cadenas á todos los cristianos. Pero los escesivos calores del clima, la falta de buena agua, y la corrupcion de los viveres causaron en el ejército una enfermedad tan contagiosa, que todo el campo se llenó de cadáveres. Murieron de los primeros el conde de Nevers, hijo del rey, y el cardenal legado. Sintióse el mismo rey tocado del contagio. Las prontas órdenes que dió para salvar el resto de las tropas dieron bien á entender que no tenía ya presagios, sino noticia cierta de su muerte. Ningun día dejó de rezar el oficio divino y todas las demás devociones con mayor fervor. Conociendo que le iban faltando las fuerzas, mandó llamar á su hijo Felipe, que habia de ser su sucesor, y le dió esta admirable instruccion que ya tenía escrita:

«Mi muy caro hijo: el primer consejo que te doy es que ames á Dios con todo tu corazón; y con todas tus fuerzas, porque sin él nada podemos. Has de estar dispuesto á dejarte hacer pedazos antes que ofenderle mortalmente. Si te enviáre alguna enfermedad, ó cualquiera otro trabajo, le debes dar muchas gracias, persuadiéndote á que mereces muchos mayores castigos, por haberle servido mal, y por haberle ofendido. Cuando recibieres de su mano algun favor, ríndeselas también con humildad, y guárdate mucho de engeirte con él; sería gran mal abusar de sus beneficios para ofenderle. Aconséjote que te confieses á menudo, y que escojas confesores de vida ejemplar, para que te instruyan en tus obligaciones. A esos y á tus amigos los has de tratar de manera que estén persuadidos á que con toda libertad y sin el menor rezelo te puedan advertir de tus defectos. Veán tus vasallos que de buena gana asistes en la iglesia á los divinos oficios. Está siempre en ella con modestia y con atencion, especialmente mientras se celebra el santo sacrificio de la misa; nunca se te escape en el templo palabra alguna escusada,